

de sus empleos de grande-almirante y generalísimo, y le daba permiso para retirarse al punto que fuera más de su agrado.

Así acabó el deplorable valimiento, cuyo singular destino en nuestros tiempos era un vestigio último de los vicios de las antiguas cortes, en contraste con las costumbres del siglo; porque ya la opinión pública había logrado hacerse respetar hasta en las monarquías absolutas: valimiento deplorable por otros muchos títulos además del escándalo, porque fuera de la efusión de sangre, había causado á España todos los males á la vez, la vergüenza, la desorganización, la ruina, y por último las insurrecciones populares. Al saber la degradación de Godoy, el pueblo que se había agolpado en Aranjuez, y que se componía de toda clase de gentes, no sólo de aquel sitio, sino también de Madrid, de Toledo y de los lugares de la Mancha, se entregó á un alborozo delirante, como si al día siguiente hubiera de trocarse en el pueblo más feliz del universo. Hubo en todas partes canciones, bailes y fogatas: todos se abrazaban por las calles dándose el parabién de aquella caída, con que quedaba satisfecho un sentimiento mucho más enérgico aún que el del interés, á saber, el del odio hacia una fortuna insolente que indignaba á la España toda (1). Aquella noticia produjo un verdadero delirio en Madrid, adonde llegó en dos ó tres horas.

No bien se supo aquella asonada, el embajador de Francia, que, si escaso de talento no carecía de valor, voló al lado del rey para protegerle con su persona en caso de peligro. Concluido todo con la caída del favorito, de quien había acabado siendo enemigo á fuerza de interesarse por el príncipe de Asturias, Mr. de Beauharnais se mostró á este último casi triunfante. Dijo á Carlos IV que las tropas francesas, que iban á llegar próximamente (pues se hallaban á la sazón pasando el Guadarrama para caer sobre Madrid), se pondrían á sus órdenes para hacer frente á todos sus enemigos, interiores y exteriores, y que al prestar esta seguridad creía obedecer las instrucciones de su augusto soberano, que nunca podría permitir se implorase en vano su amistad. Dió Carlos IV las gracias á Mr. de Beauharnais, y le manifestó que tendría en lo sucesivo el mayor placer en tratar todos los negocios con el mismo embajador de Francia, sin persona alguna intermedia. ¡Desgraciado rey! ¡no le tenía reservado el destino tan pesada carga!

El día 18 transcurrió pacíficamente. Sin embargo, la muchedumbre ya exaltada necesitaba nuevas emociones. No le bastaba destruir un edificio suntuoso; hubiera deseado apoderarse de D. Manuel Godoy para hacerle pedazos. Buscábasele por todas partes, y la reina temía recibir á cada momento la noticia de su hallazgo y de su muerte. Todos los ministros pasaron la noche en palacio con los reyes, cuyos ojos no se pudieron cerrar un solo instante al sueño.

En la mañana del día 19, la agitación popular, aplacada ya una vez con la proclama del 16, y luego con la destitución del favorito pronunciada el 18, volvió á subir de punto como oleada que alternativamente crece

(1) La fortuna del príncipe de la Paz era ciertamente enojosa á muchos, pero no á todos los españoles, ni á su más selecta parte, puesto que entre los hombres que más descollaban por su talento tenía el válido numerosos amigos. (N. del T.)

y se deshace. En palacio los oficiales de guardias, conociendo que ya no tenían prestigio sobre su cuerpo, se declararon impotentes para hacer respetar la autoridad real si llegaba á verse comprometida. El rey y la reina, fuera de sí, mandaron á llamar á su hijo Fernando para intimarle que les amparase con su popularidad, y éste les prometió protegerlos, con el secreto júbilo propio de un triunfador y con toda la serenidad de un conspirador que cuenta con los medios que pone en juego; pero de repente un nuevo y violento rumor hizo ver con cuánta razón se había desconfiado de la aparente calma de aquel día.

El príncipe de la Paz, tan buscado por todas partes, no había salido de su casa. Así que había visto forzadas las puertas de su morada, había tomado un puñado de monedas de oro y un par de pistolas, y se había escondido en un desván, envolviéndose por sí mismo entre unas esteras. Permaneció en aquella molestísima postura todo el día 18, toda la noche del 18 al 19, y ya el día 19 por la mañana, no pudiendo prolongar más tiempo aquellas treinta y seis horas de suplicio, hostigado por la sed, salió de su escondrijo y se encontró con un soldado de guardias walonas que estaba de centinela. Habiendo ofrecido á éste el oro que llevaba, y no atreviéndose á forzar la aceptación con la amenaza de dispararle un pistoletazo, sólo consiguió hacerse denunciar, y al punto mismo fué entregado. Por fortuna suya la masa del pueblo no estaba á la sazón bajo su palacio: llegaron muy oportunamente algunos guardias de corps, le pusieron entre sus caballos, y con toda presteza se encaminaron hacia el edificio que les servía de cuartel. Había que atravesar todo Aranjuez, y en un abrir y cerrar de ojos acudió el populacho ya advertido. Iba el príncipe á pie entre dos guardias de á caballo, apoyado en el borén de sus sillas y defendido por ellos de las acometidas del gentío. Otros guardias procuraban por el frente y por la espalda protegerle, pero no podían estorbar que le alcanzaran algunos de los golpes peligrosos que le dirigían las turbas furibundas, repentinamente armadas con palos, horquillas y toda especie de armas. Con los pies deshechos por las pisadas de los caballos, con un muslo desgarrado y un ojo casi saltado, llegó por fin al cuartel de guardias, donde cubierto todo de sangre le echaron sobre la paja de la cuadra. ¡Triste ejemplo del favor de los reyes cuando la furia popular acierta á vengarse en un solo día de una inmerecida omnipotencia de veinte años! No ofrecían las historias caso ninguno más lamentable que el espectáculo que en aquel momento presentaba aquel guardia de corps, vuelto de aquel modo á su cuartel y á la paja donde tal vez en su juventud se había reclinado, después de haber pasado por el tálamo real y aun casi por el trono!

Sabedores los reyes de aquel nuevo tumulto, volvieron á llamar á Fernando, y le suplicaron que olvidando pasadas injurias fuese á socorrer al desgraciado Godoy. Prometió el príncipe de Asturias salvarle, y corrió en efecto al cuartel de los guardias, que amenazaba invadir un populacho desenfrenado; y disipó los grupos diciéndoles que el culpado iba á ser juzgado por el Consejo de Castilla, y que todos sus crímenes recibirían pronto castigo. A la voz del heredero de la corona se dispersó el gentío. Pasó Fernando á ver á Godoy, á

quien halló todo ensangrentado, y le dijo con fingida generosidad, que le perdonaba todo el daño que le había hecho. A la vista de su aborrecido enemigo recobró el príncipe de la Paz su presencia de espíritu, que le había abandonado desde el principio de la catástrofe. — ¿Acaso sois ya rey para perdonar?, le dijo á Fernando. — Aún no, le respondió el príncipe, pero lo seré pronto.

Volvió el príncipe á palacio á tranquilizar á sus augustos padres, que quedaban en un estado difícil de pintar, y dispuestos á toda clase de sacrificios, sin exceptuar el del trono, con tal de salvar sus vidas y la de su querido Manuel. ¿Qué quieren de nosotros, exclamaban, para que se salve nuestro desgraciado amigo? ¿Su destitución? Ya está pronunciada. ¿Que se le forme causa? Ya vamos á mandarlo. ¿Quieren que dejemos la corona? También la dejaremos. El rey y la reina padecían una especie de enajenación mental; no sabían lo que se decían, y se dirigían á todos pidiendo apoyo y consejo. Para tranquilizarlos con respecto al príncipe de la Paz, se ideó enviar á éste á Granada, bien á recaudo, utilizando los tiros que estaban apostados en el camino. Inmediatamente se mandó al cuartel de guardias un coche con seis mulas para que entrase en él y saliese de aquel sitio peligroso; mas no bien advirtió el populacho los preparativos y conoció el uso á que se destinaban, se echó sobre el coche, lo hizo pedazos y se mostró resuelto á impedir todo viaje.

Aquel nuevo suceso acabó de aturdir al infeliz Carlos IV y á su esposa. Ambos creyeron que la revolución francesa volvía á retoñar en España; que no sólo el príncipe de la Paz era el odiado, sino también ellos mismos; que tal vez sería un medio eficaz para conjurar la tormenta y salvar sus vidas con la de su malhadado amigo, el deponer el cetro en manos de Fernando. Así se lo dijeron á todos los que les rodeaban, á Caballero, á Ceballos, al príncipe de Castel-Franco, jefe de las tropas reunidas en el Sitio, y á varias personas de la corte; y esta proposición fué recibida por todos los asistentes con un triste silencio de aprobación, que indicaba que seguramente sería aquella la solución más sencilla, más segura, más aplaudida y más capaz de sofocar en su germen una revolución tan espantosa en sus principios como la que había derribado la cabeza de Luis XVI. Transcurridos algunos instantes en estas indecisas conferencias y proposiciones propias de la desesperación, dijo Carlos IV que quería abdicar; su ambiciosa mujer le respondió que tenía razón, y sin que hubiese quien lo contradijera se ofrecieron sus ministros á redactar el acta de abdicación.

Verificóse al instante, y se publicó inmediatamente el acta recibida con júbilo nunca visto. Declaraba en ella Carlos IV que cansado de los cuidados del trono, y agobiado por el peso de los años y de las dolencias, trasladaba á su hijo Fernando la corona que había ceñido por espacio de veinte años. La noticia de esta abdicación causó en Aranjuez una especie de delirio.

Acudió el pueblo en masa á saludar al joven rey tanto tiempo deseado, y le colmó de bendiciones. La corte, anticipándose al pueblo, abandonó á sus antiguos soberanos, como se abandona sus cadáveres después de difuntos. Quedaron aislados, algo tranquilizados, pero completamente anonadados con su caída, y todos fueron á rodear á Fernando para que el nuevo señor se persuadiese bien de que sólo él había sido el acatado y el querido en los años pasados mientras habían tenido que inclinarse ante la reina y el favorito. Fernando, que había nacido para el disimulo, y que en su desgraciada juventud había aprendido á perfeccionarse en un arte tan odioso, se mostró contento de todos, y en efecto no le dejaba tan mal parado la fortuna que pudiera estar quejoso de los hombres. Conservó provisionalmente los ministros de su padre, por no tener de pronto con quienes substituirlos, y el primer encargo que les dió fué mandarles traer á la corte al duque del Infantado, que se hallaba desterrado á sesenta leguas de Madrid, y al canónigo Escoiquiz, que estaba encerrado en el convento del Tardón. Nombró inmediatamente al duque del Infantado capitán de sus guardias y presidente del Consejo de Castilla, con lo que apenas destruido un valimiento retoñaba otro, si bien este último había de durar muy pocos días, porque ya estaba cerca el terrible Napoleón. Sus tropas iban bajando de las alturas de Somosierra sobre Buitrago; y no estaban ya más que á una marcha forzada de Madrid. Aconsejaron á Fernando sus pasajeros ministros que inaugurase su reinado con una tentativa cerca del emperador de los franceses, y en su consecuencia fué enviado el duque del Parque á ponerse de acuerdo con Murat sobre la entrada de los franceses en Madrid, y los duques de Medinaceli y de Frías, y el conde de Fernán-Núñez, á jurar amistad á Napoleón, á quien se suponía en camino para España, y á reiterarle la demanda de una princesa de su familia. Después de hecho esto en aquella primera jornada, se adormeció Fernando creyéndose rey. Estaba en efecto destinado á serlo, pero después de un largo cautiverio y de una espantosa guerra.

Así fueron derribados los últimos Borbones para volver á aparecer, con gloriosas y tristes vicisitudes, algunos años después. Cayeron en Aranjuez, como en París y como en Nápoles, al soplo de la revolución francesa que los iba arrastrando, semejante á las furias vengadoras que persiguen á los culpados. En París había derribado aquélla la cabeza de un Borbón. En Nápoles había arrojado á otro á la mar, reduciéndole á guarecerse en Sicilia. En Aranjuez acababa de obligar al último á que abdicase para salvar la vida de un inoble favorito, sirviéndose para esto, no de un pueblo fascinado por la libertad, sino de un pueblo amante todavía de los reyes; diferente así en su modo de obrar como los lugares donde penetraba, pero siempre terrible y regeneradora, aunque afortunadamente menos cruel, porque ya se limitaba á destronar á los reyes sin asesinarlos.